

lucha frente a Dios; "y es frente a esa obra destructora y maligna a la que nosotros oponemos la restauración incesante de la Ciudad Católica".

Como broche de oro para esta celebración, don Sebastián Mariné nos dirige las últimas palabras de la noche: "San Fernando, el rey que conquistaba los reinos a pares", nos habla del Rey santo, del Rey que en las puertas de la muerte no quiso comulgar en el lecho, que se levantó, se arrodilló y con una soga al cuello para significar que era un esclavo de Dios, comulgó por última vez. Nos habla don Sebastián Mariner de la España actual, que va camino de dejar de ser la España conquistada por San Fernando, la que él iba uniendo, para ser ahora la España desmembrada, la que va camino de dejar de ser católica; nos recuerda una frase: "cuando España deje de ser católica seguirá siendo España", pero él no está de acuerdo con ella y nos trae a la memoria otra: "cuando España deje de ser católica habrá dejado de ser España".

Tras estas palabras todo está dicho.

Cerca de la una de la madrugada terminamos la celebración de la festividad de San Fernando los amigos de la Ciudad Católica; es el momento de las despedidas y poco a poco el salón se ha ido quedando vacío. Ya sólo nos resta decir a todos ¡hasta pronto!

M<sup>a</sup>. Angeles Badía

## DISCURSO DE MIGUEL AYUSO

*Una vez más nos reunimos los amigos de la Ciudad Católica para conmemorar la festividad de San Fernando, bajo cuya protección nos acogemos. San Fernando, modelo de monarca católico y a quien podríamos aplicar las conocidas palabras de San Agustín: «Como hombre le sirve a Dios viviendo fielmente, como rey promulgando leyes religiosas y haciéndolas cumplir con un rigor conveniente».*

*Hay, sin embargo, una dolorosa circunstancia que separa y distingue radicalmente esta conmemoración de la de años anteriores; y es que, tras muchos años, nos hallamos cobijados por una estructura política frontalmente laicista, nos hallamos bajo un Estado aconfesional.*

*Pero aun siendo grave —gravísimo— el abandono de lo que Rafael Gamba ha llamado la «ortodoxia pública» pues supone una renuncia y deserción culpable a la obligación que toda sociedad tiene de dar culto público a Dios, y produce efectos desmoralizadores al olvidarse el valor educativo de las leyes, no es éste el problema principal. Porque este abandono de la confesionalidad no es más que el reflejo, eco y reverberación producidos por la pérdida de la unidad católica, que era —y ahí está el quid de la cuestión— «don de orden y catedral superior para la promoción social, civil y espiritual del país» en palabras de Pablo VI, y principio y fundamento de nuestra nacionalidad.*

Tras estas constataciones, ¿cómo no dar crédito a las apodícticas conclusiones de Menéndez y Pelayo, cuando vemos que a la pérdida de la unidad católica sigue la dilución de España como unidad de convivencia? Porque no hay unidad política, social ni territorial sin unidad religiosa, sin unidad de creencias en un mismo Dios y ofrenda de sacrificios en un mismo ara.

Y cómo no recordar los dos termómetros (el religioso y el político) de que nos hablara Donoso Cortés? Porque reducida la represión interior y religiosa, y sublevadas las potencias inferiores del alma contra la inteligencia y la voluntad, quedamos abocados al nihilismo más disolvente, que se traduce en el totalitarismo más tiránico: del hombre esclavo de sus pasiones desatadas.

Sólo por un enloquecimiento colectivo de la razón o por una posesión diabólica comunitaria se puede entender este delito de felonía a la esencia misma de las Españas y que, en su camino expedito y sin obstáculos, no ha levantado protestas ni ha producido condena alguna.

Hemos vendido nuestros derechos de primogenia de la Cristiandad —Francia los perdió por el horrible pecado de la Revolución de 1789— por un plato de lentejas, por un puesto mediocre en la Europa laicista y revolucionaria, y este hecho tiene una gravedad excepcional, pues como sentenciaba Donoso Cortés al término de una de sus escalofrantes profechas: «yo he visto señores, y conocido a muchos individuos que salieron de la fe y han vuelto a ella; por desgracia, señores, no he visto jamás a ningún pueblo que haya vuelto a la fe después de haberla perdido».

Pero los errores vienen de largo. Y si bien la estructura política liberal es fácil de construir, la mentalidad democrática no se improvisa precipitadamente. Y esa mentalidad ya existía en el pueblo, pues había sido inoculada por elementos izquierdistas ante la pasividad —cuando no complicidad— de las altas jerarquías del Estado surgido de la Cruzada.

De nada sirvieron los gallardos y amargos lamentos de Eugenio Vegas y tantos otros que pregonaron con insistencia, pues desde el poder, en vez de soldar las teselas diversas del hermoso y policromado mosaico de nuestra patria mediante una adecuada praxis de la armonía, se optó por colocar un bastidor, y, claro está, cuando se quita el corsé o desaparece la ortopedia, el mosaico se desmorona como un castillo de naipes porque no tiene cohesión interna.

La unidad no era real sino ficticia, no era orgánica sino propiciada por unas rígidas estructuras que comprimían la realidad social, y al desaparecer éstas, se ha podido comprobar que lo que se creía un pueblo arraigado y solidario no es más que una masa informe, un conglomerado homogéneo que los apóstoles de la Revolución han manejado con habilidad para sus inequívocos fines.

Por tanto, las situaciones que vivimos ahora son frutos de unas ideas sembradas hace largo tiempo. No son conclusiones extraídas «per accidens» de unas premisas correctas, sino las implacables consecuencias deducidas de unos principios erróneos, de los principios de la Revolución.

Y aquí enlazamos con San Fernando pues, como todos sabemos y me van a perdonar que lo recuerde otra vez, es la Revolución la que dio la puñalada traidora a la Cristiandad trastrocando la armonía de contrastes en equilibrio de fuerzas paralelas y de sentido contrario cuando no en lucha dialéctica, mutando la comunidad estructurada en torno a unos principios religiosos en mera coexistencia, y convirtiendo el otrora sillar berroqueño del orden social en una pedriza o en un canchal por efecto de la erosión revolucionaria.

Y nuestra acción cultural está encaminada a la restauración de ese orden maravilloso, de ese «corpus mysticum», de esa agrupación jerárquica de pueblos en torno al sol del Papado y a la luna del Imperio, de aquella di-

chosa edad «en la que la filosofía del Evangelio gobernaba los Estados» según el texto de León XIII en la *Inmortale Dei*; o sea, de la civilización cristiana, austera, jerárquica y sacral

Para este objetivo de construirlo todo en Cristo —«*Omnia instaurare in Christo*» es nuestro lema—, San Fernando nos sigue dando una gran lección:

— de catolicismo militante frente a quienes nos incitan a la «herejía blanca» del angelismo;

— de fortaleza e intemperancia con el error frente a quienes fomentan un falso irenismo que amenaza con destruir nuestra fe;

— de prudencia, templanza y longanimidad contra la temeridad y la ira de quienes aplican brutalmente y sin matices la doctrina; y

— de caridad y justicia contra los que asocian equivocadamente justicia e igualdad.

San Fernando, tan sagaz político como denodado guerrero, dicen sus biógrafos, con sus virtudes humanas y sobrenaturales, con su vida y sus acciones, con su poder no omnimodo, sino limitado por la autoridad de la Iglesia, por la ley natural y por las agrupaciones infrasoberanas, es un testimonio permanente en favor de la monarquía católica y tradicional, de ese régimen al que me gusta comparar con un empedrado en el que cada canto es distinto de los demás, pero participa con ellos en una superior unidad de finalidad, mientras que el Estado centralista y moderno es como una carretera de asfalto, en la que los diferentes pueblos son reducidos a grava, perdiendo su identidad, y son recubiertos por una capa de alquitrán uniformante y congestivo: el alquitrán de la burocracia del Estado...

Finalmente, tenemos razones para la Esperanza. Ante el «oscurecimiento de la inteligencía» hay que recuperar la «recta ratio» y el juicio prudente; ante la angustia vital de un mundo que no encuentra sitio para Dios, hay que afirmar la necesidad de esperar «contra spem in spem» como dijera San Pablo; ante el orgullo y la sensualidad desatados, hay que ejercitarse en la humildad y en la templanza.

Lo importante es no cejar en el empeño, es no ceder: «antes que rendir mi navío lo he de volar o echar a pique», decía Cosme Damián Churruga en la batalla de Trafalgar.

¡Que somos pocos! No importa. Todo obedece a la Sabiduría divina, porque, como en el pasaje bíblico de Gedeón, conviene que seamos conscientes de nuestra insignificancia, para que en la hora del triunfo sepamos que fue Nuestro Señor quien con su Diestra poderosa sujetó la espada con la que combatíamos por su Causa. O en palabras de Carlos VII: «Dios quiere salvar a España pero quiere que vea que es El quien la salva».

Y es menester en este punto tener un recuerdo para quienes hace muchos años iniciaron esta lucha en favor del Derecho natural y cristiano, en favor de la Iglesia y de España; para esos hombres que con su conducta intachable y su hombría de bien han sido un estandarte enbiesto en torno al cual nos hemos ido congregando quienes esperábamos una nueva primavera de la Iglesia y un resurgir de España. Sus nombres están en nuestras mentes, y su magisterio vivo en nosotros. Su perseverancia, fraguada en la adversidad y su gallardía en la defensa de la fe, les hace merecedores de repetir orgullosos con Ramiro de Maeztu —y ojalá todos podamos repetirlo algún día—: «No envidié nunca la agilidad del pájaro, que vuela donde quiere, sino el destino del árbol, que muere donde nace».

¡Sursum corda!